

TORRE

Amarilla

Venganza contra las moscas

Sylvia McNicoll

Ilustraciones

Miguel Yein





Venganza contra las moscas

McNicoll, Sylvia

Venganza contra las moscas / Sylvia McNicoll ; ilustraciones

Yein Barreto, Miguel Martínez ; traducción Carolina Abello Onofre. -- Edición
Jael Stella Gómez. -- Bogotá : Educactiva S. A. S., 2020.

288 páginas ; 20 cm. -- (Colección Torre amarilla)

Título original : Revenge on the fly.

ISBN 978-xxx-xxx-xxx-x

1. Cuentos infantiles canadienses 2. Pobreza - Cuentos infantiles 3. Hambre
- Cuentos infantiles I. Barreto, Yein, ilustradora II. Martínez, Miguel, ilustrador
III. Abello Onofre, Carolina, traductora IV. Gómez, Jael Stella, editora V. Tit. VI.
Serie.

I819.3 cd 21 ed.

A1575935

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Venganza contra las moscas

Título original en inglés:

Revenge on the fly

© Sylvia McNicoll, 2017

© Originally published by Pajama Press, Toronto, Canada.

Spanish Translation rights arranged through Pajama Press Inc, 2014

© Educactiva S. A. S., 2020

Avenida El Dorado N.º 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
sin permiso escrito de la Editorial.

Marcas y signos distintivos que contienen la denominación

“N”/Norma/Carvajal ® bajo licencia de Grupo Carvajal (Colombia).

Primera edición: Educactiva S. A. S., 2017

Segunda edición: Educactiva S. A. S., 2020

Edición: Jael Stella Gómez

Traducción: Carolina Abello

Corrección: María Teresa Tautiva

Ilustración cubierta: Miguel Yein

Diagramación: Alejandra Sierra

Jefe Centro de diseño: Gloria Esperanza Vásquez

Impreso por

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

61093295

ISBN: 978-958-XX-XXXX-X



Venganza contra las moscas

Sylvia McNicoll

Ilustraciones
Miguel Yein

Traducción
Carolina Abello Onofre

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/co

Para mis queridos amantes de los bichos –

Jadzia, William, Violet,

Desmond, Fletcher y Hunter





Capítulo 1

—Ni una sola palabra al doctor acerca de tu madre. —Mi padre frunció el ceño mientras una mujer abandonaba el centro de asistencia médica del barco en medio de lágrimas.

El doctor había abordado en Rimouski y puso su consultorio en una esquina del comedor. Entre la hilera de mesas y la pared, la fila de pasajeros avanzaba lentamente.

—Ni tampoco sobre tu hermana. —Asentí con la cabeza, pues no me atrevía a hablar. Yo no era un niño pequeño, sabía cuánto dependía de esta visita al médico. Mi padre había estado hablando acerca del tema desde que habíamos partido de Liverpool el sábado pasado en la noche. Yo sabía lo que debía y lo que no debía decir. Además, rara vez hablábamos de mi madre y de Colleen, era casi como si ninguna de ellas hubiese existido. A veces me daban ganas de gritar “¿Por qué mi madre? ¿Por qué mi hermana?”.

Pero hoy no. Como de costumbre, el vaivén del barco me estaba enfermado. Arriba... abajo... arriba, abajo. Las olas levantaban las 14 500 toneladas de La Emperatriz de Irlanda como si fuese tan solo una pluma. Lo único que deseaba era poder esperar afuera, en cubierta, y así poder ver las aguas abiertas y respirar el aire fresco y salado.

Tras día y medio de intensa niebla, el aire se había despejado, quizás hasta divisaría tierra.

—Nos enviarán a la estación de cuarentena si creen que tenemos tuberculosis —siguió diciendo mi padre, como si yo no lo supiera.

Delante de nosotros, el maloliente y viejo señor McNiven, nuestro compañero de camarote, se dio la vuelta.

—¡La isla Grosse, ah! Tú no querrás terminar allí, muchacho. Mi abuelo murió en esa isla. De tifus.

El calor en el comedor se hacía insoportable, había demasiada gente y unas diminutas ventanas que no dejaban entrar el aire. Mi boca estaba reseca. Me sostuve la cabeza para que dejara de darme vueltas.

—Ni se te ocurra enfermarte ahora, Willy. Ya casi lo logramos. —Mi padre me apretó los hombros—. Respira profundo.

Así lo hice, pero lo que aspiré fue el aroma de las sobras del desayuno —estofado con cebolla y gachas de avena— mezclado con el hedor a tabaco y sudor del señor McNiven. Ese olor empeoró la situación.

—Mi abuelo también era un hombre saludable hasta que llegó a bordo del barco —advirtió el señor McNiven.

—William no tiene tifus. Solo está mareado —dijo mi padre con firmeza.

Yo quería salir corriendo, llegar afuera y agarrarme duro de la baranda para evitar que se me saliera el desayuno, pero mi padre mantuvo sus manos sobre mis hombros.

El señor McNiven sacudió la cabeza. —Siete días en el mar y todavía no tiene estómago para soporarlo.

Como si existiese una cantidad de tiempo que lograra hacerme sentir cómodo con estas sacudidas y este bamboleo.

Zarpamos el último día de mayo y el poderoso Titanic se había hundido hacía apenas un mes. ¿Acaso el miedo a viajar en barco no era suficiente como para que uno se enfermara?

—No importa. —Mi padre clavó sus ojos en los míos—. Mírame, Willy. Piensa en el tío Charlie. En un par de días vamos a verlo.

Ver la sonrisa amplia y feliz de mi padre hizo que yo también casi sonriera. Daban ganas de creerle cuando sonreía de esa manera. Además, echaba de menos al tío Charlie. Como no tenía hijos, siempre había sido generoso con sus regalos y su tiempo. Era el aventurero a quien yo admiraba y respetaba, nuestro tío suertudo. —Charlie y su gran casa. Un trabajo para mí, una nueva escuela para ti. Las

oportunidades nos están esperando. —Miré fijamente los ojos grises de mi padre y supe que no podría defraudarlo.

Una familia pasó delante de nosotros; una madre, un padre, un niño y una sonriente chiquilla de cabello rizado. Era mayor que nuestra Colleen y mientras saltaba su hermano le dio un empujón. Fruncí el ceño. Yo quería ser ese niño. Aunque yo nunca habría empujado a Colleen. Yo la habría tomado de la mano con amabilidad para que se sintiera segura en medio del vaivén de este barco.

Tragué saliva. Nosotros deberíamos haber sido aquella familia. El tío Charlie nos había enviado dinero para que pudiéramos viajar todos. Deberíamos estar aquí juntos. Pero no, en lugar de haber sido así, mi padre gastó el dinero de los pasajes de mi madre y de Colleen en medicamentos. Un molesto zumbido en la oreja me impulsó a llevarme la mano bruscamente hacia la cabeza. Sentí el aleteo de una mosca contra mis dedos y, al verla escapar, me dio un escalofrío.

—¡Siguiente! —gritó una voz impaciente desde la esquina.

La señora Gale con la pequeña Maureen en sus brazos ocupó su lugar frente al doctor y la fila avanzó lentamente otra vez. El doctor miró detenidamente las orejas de Maureen y su garganta. Con su cabello negro y sus ojos oscuros, la señora Gale se parecía a mi mamá, y de hecho, con frecuencia, la gente creía que eran hermanas cuando vivíamos en

Londres, a donde nos habíamos mudado cuando yo tenía once años.

En Irlanda no había trabajo para mi padre en ninguna parte, así que él y el tío Charlie habían planeado irse para Canadá. Pero primero teníamos que ir a Inglaterra para ahorrar dinero. En Londres, mamá y la señora Gale habían sido empleadas de limpieza y mi padre había trabajado en los muelles.

Cuando Colleen nació, yo ya tenía diez años y podía ocuparme de ella. Fue entonces cuando mi hermana se enfermó. Con apenas seis meses, unos cachetes rellenitos y con hoyuelos, Colleen pasaba de un momento a otro de las risas y los gorgoritos a la fiebre que la ponía muy mala. No era como lo que tenía mi madre.

Colleen nunca tosió. Pero de la noche a la mañana cambió, se puso más pálida y más delgada, estaba demasiado débil como para poder llorar. Nada le paraba en el estómago. Al cabo de tres días murió. Mi mamá necesitó del apoyo y la amistad de la señora Gale más que nunca.

Ayer, Maureen había amanecido con la frente muy caliente. Ahora que el doctor la acaba de examinar, ha hecho un gesto de desaprobación con la cabeza. La señora Gale le suplicó, pero él volvió a sacudir la cabeza.

Ella se dio la vuelta y se fue corriendo hacia el pasillo. Mi papá se salió de la fila para detenerla.

—Tenemos que bajarnos del barco —le dijo a mi padre—, nos van a dejar en cuarentena.

Él la abrazó y ella colapsó en sus brazos con todo y su bebé.

—Ya, ya, tranquila, tranquila. —Mientras ella lloraba, él le hablaba en voz baja y fruncía el ceño dándole palmaditas en la espalda. Luego de unos instantes, mi papá cambió el tono y acompañó su voz de una sonrisa—. Tal vez esto será mejor así. —Nadie como mi padre para dar ánimo en los momentos más duros—. Con los cuidados de los doctores en la isla Grosse, la bebé se va a mejorar.

La señora Gale levantó los ojos hacia él con una repentina chispa de esperanza en la mirada. Él acarició los rizos de Maureen, sus labios sonrientes acompañaron su tono de voz. —Dios mediante, las veremos a ambas en Hamilton.

La señora Gale también creyó en esa sonrisa. Se sonó la nariz y echó sus hombros hacia atrás. —¿Cree usted que Charlie podrá guardarme ese trabajo del que me habló incluso si llegamos tarde?

—Por supuesto que sí. Probablemente habrá un puesto mucho mejor para ese entonces.

—Que Dios los bendiga a ambos.

La señora Gale se volvió hacia mí y me acarició la mejilla. Luego, puso a Maureen hacia un lado y me dio un abrazo fuerte. También olía como mi mamá, era un olor dulce como el de los brezos en primavera. Cuando se separó de mí, me miró directo a los ojos como si estuviera tratando de memorizar mi rostro.

Yo quería quedarme abrazado a ella para siempre. A pesar de lo que mi padre acababa de decir,

existía el gran riesgo de que nunca nos volviéramos a ver de nuevo. ¿Acaso no estábamos siempre despidiéndonos de las personas a quienes amábamos? Yo también traté de memorizar su cara. Los rasgos de mi propia madre se me estaban desvaneciendo. Besé la mejilla caliente de la bebita.

—Adiós —susurré. Se dio la vuelta y se dirigió hacia afuera para esperar el barco que las llevaría a ella y a Maureen a la isla.

No podía permitirme llorar. Ya estaba muy grande para eso. Pero, ¿y ahora quién más podría ayudarme a recordar a mi mamá? No nos quedaba nadie más, solamente el tío Charlie en Hamilton.

—¿Por qué todas las personas a quienes conocemos terminan enfermándose? —pregunté dando un chasquido para espantar a otra estúpida mosca. Luego escuché algo duro y amargo en boca de mi padre.

—Porque toda la gente a la que conocemos es asquerosamente pobre. —Meneó su cabeza y aspiró profundamente—. Pero todo eso va a cambiar de ahora en adelante, Willy. Ve a la escuela el tiempo suficiente y quizá obtendrás una mejor respuesta.

El sacudón del barco me revolvió el estómago. El señor McNiven estuvo de pie delante del doctor y el doctor escuchó su pecho con un estetoscopio. Asintió.

—¡Siguiente!

Era nuestro turno. Mi padre me arrastró y yo me sostuve de una silla para mantenerme firme.

—¿Nombre y edad? —me preguntó el doctor. Su voz sonaba tan cansada y desteñida como su cabello gris.

—William Alton, doce años, señor.

—Muy bien. —Me miró por encima de sus papeles—. Acérquese. ¿Siempre ha sido así de flaco, jovencito? —preguntó mientras yo caminaba hacia él.

Lo miré fijo a los ojos sin decir una sola palabra. ¿Qué tal si daba la respuesta incorrecta y nos teníamos que bajar de La Emperatriz? Tuve que tragar saliva para mantener la avena en mi estómago.

—Es tan solo la navegación por estas aguas agitadas —respondió mi padre con una gran sonrisa en su rostro—. Se ha sentido mareado todo el viaje, doctor. Pero en ningún momento ha tenido diarrea.

El doctor se puso de pie y me frunció el ceño. —No veo granos —dijo. Me tocó la cabeza—. No tiene fiebre. Inhale, muchacho —me ordenó mientras auscultaba mi pecho. Tosa, por favor.

Logré toser un poco a pesar de la mecedura del barco. La avena con leche que había desayunado esta mañana me hizo cosquillas en la parte trasera de la garganta y cuando pasé saliva, sentí como si tuviera un pedazo de paja atorado allí.

Tosí de nuevo y no pude parar.

El doctor entornó los ojos para observarme mejor.

—Lo vacunaron contra la viruela cuando estábamos en Inglaterra —dijo mi padre.

Ambos sabíamos que la tos no era un síntoma de la viruela. Pero sí de lo que tenía mi mamá. En

la madrugada, ella no podía parar de toser. Yo me despertaba al oír-la y me ponía a rezarle a Dios para que la ayudara a recobrar el aliento.

Y luego, durante el día, tosía muy fuerte hasta que escupía sangre. Toser era un síntoma de la tuberculosis, lo que mis amigos en la escuela habían llamado la plaga blanca. Ponerse pálido y delgado también eran síntomas de ello.

Traté de respirar y así calmar el cosquilleo.

—Tome, beba un poco de agua. —El doctor sostenía un vaso.

Lo bebí y logré detener la tos, pero no la sensación de estar enfermo.

—¿Pasó usted algún tiempo con esa niña a la que acabo de ver?

Maureen, tan débil y pálida. Yo acababa de darle un beso de despedida. También había jugado con ella en el arenero el lunes pasado para que la señora Gale descansara un poco. La bebé se había reído y había aplastado la torre que yo le había construido.

—No, señor. De vez en cuando saludaba a la madre de la niña, pero eso es todo.

El doctor se quedó inmóvil mirándome. Si pensaba que yo estaba enfermo, todo nuestro viaje se atrasaría. Eso en el mejor de los casos, en el peor, podríamos morir en la isla Grosse, como el abuelo del señor McNiven.

El doctor sacudió la cabeza y puso un sello en el papel. —Usted está bien.

—Gracias, señor. Gracias. —Ahora pase usted.

¿Asumo que es el padre? Papá no tuvo ningún inconveniente durante el examen. En cuanto el doctor terminó, me apresuré por el pasillo y salí del consultorio. Crucé la cubierta de caoba, pegué una carrera hasta la baranda y arrojé toda mi avena con leche en el río San Lorenzo. Ua, ua, ua, graznaban las gaviotas. Y todo me dolía mucho. Respiré hondo y traté de ser más como mi padre; valiente, alegre. Después de todo, estábamos a punto de alcanzar la nueva vida que habíamos soñado para nuestra familia. Solo teníamos que ir al encuentro del tío Charlie y del trabajo que había asegurado para mi padre.

Me limpié la boca y observé la inacabable cantidad de agua. Sacudí la cabeza y me obligué a mirar hacia las nubes.

—Lo vamos a lograr, mamá. Tú nos hiciste prometértelo y, por lo tanto, debemos hacerlo.



Capítulo 2

Un rato después del té, atracamos finalmente en la ciudad de Quebec. Los pasajeros evacuaron las habitaciones y los corredores de cada nivel del barco para desbordar las cubiertas, ansiosos por ver este nuevo país o quizá tan solo por posar sus ojos de nuevo en tierra firme. La ciudad se alzó ante nosotros como un paraíso. Hileras de casas forraban la curva del acantilado de arriba abajo.

—¡Es espléndido!, —le dije a mi padre cuando estábamos de pie cerca de la baranda. Inhalé el olor a aguas negras y algas del puerto, pero también sentí algo más agradable. Olfateé de nuevo dirigiendo mi nariz hacia las colinas. ¿Olía a pino?, ¿a tierra? O tal vez era pura ilusión—. Mira, pa, ¡hay incluso un castillo!

—Es el castillo Frontenac, mijo. Un hotel para los ricos. Estudia y quizá algún día podrás alojarte allí. —Mi padre me dio un par de palmaditas en el hombro.

—¿Cuándo podremos abandonar el barco? —pregunté.

—El capitán dijo que mañana en la mañana —refunfuñó el señor McNiven que estaba al lado de mi padre.

—¡No! —La tierra estaba muy cerca y habíamos esperado una eternidad para llegar a nuestro nuevo hogar.

Mi padre asintió. —Me temo que él tiene razón. Debemos pasar por inmigración y abordar un tren. Ya es demasiado tarde para todo eso. Pero no importa, ya solo queda un día para ver al tío Charlie otra vez.

Nos quedamos en cubierta hasta que los últimos rayos de sol se derritieron en el agua. Luego pedimos deseos a las estrellas: que no hubiera más enfermedades en nuestra familia, que a mi padre le fuera bien en su nuevo puesto y que yo me volviera alguien importante algún día para así poder cuidar siempre a las personas que amo. Esa noche casi no pude dormir de la emoción.

A la mañana siguiente, temprano, tomamos nuestro equipaje y nos dirigimos hacia afuera. Mientras descendíamos por la rampa de desembarco, nos cruzábamos con gente por delante y por detrás.

Al final, cuando mis pies tocaron el piso sólido, quise detenerme por un instante para disfrutar la sensación, pero los demás pasajeros me empujaban de un lado para otro y sus maletas le daban empujones a mis piernas y a mi cadera impulsándome hacia adelante. Sin embargo, pude respirar y pasar saliva y ya no había nada atorado en mi garganta.

—¡Vivimos aquí! —Di un giro con mis brazos abiertos y le tumbé el sombrero a otro niño—. ¡Lo siento!

—¡Atención allá abajo! —vociferó un hombre.

Alcé la mirada. Una red llena de maletas se balanceaba sobre nuestras cabezas y cayó sobre la cubierta.

—Apúrate, Willy. Tenemos que hacer la cola para pasar por inmigración.

Deseaba que pudiéramos quedarnos en un mismo lugar por un buen rato.

Al final, tuve lo que quería pero no me gustó. Esperamos nuestro turno con un funcionario durante tres horas y media en una caseta sin aire. Anhelaba un viaje rápido en tren hacia mi nuevo hogar y mi tío favorito, pero cuando finalmente abordamos el tren, mi padre me explicó que Canadá es un país inmenso y que necesitábamos viajar otro par de días más para llegar a Hamilton. Suspiré decepcionado.

Sin embargo, una vez abordamos el tren y comenzamos la segunda etapa de nuestro viaje, el movimiento de las ruedas bajo mis pies fue mucho más acogedor que el vaivén de La Emperatriz.

Burrun-burrún, burrun, burrun, me susurraban. Mis párpados se pusieron pesados. Solo el filo cortante de la silla de madera detrás de mis rodillas me impedía dormir. Cuando definitivamente me caí de la silla, mi padre desplegó su abrigo en el suelo y allí me acurruqué.

Más tarde me desperté y me devolví a mi silla para mirar por la ventana. El tren pasó por un bosque de altos pinos y un riachuelo. Y luego otro y otro más. El monte virgen y toda su grandeza hicieron que los latidos de mi corazón se hicieran más rápidos y más fuertes. Había de todo... excepto personas.

—¿Dónde vive la gente, pa?

—En las ciudades, tal como en Inglaterra —contestó mi padre.

“Tal como en Inglaterra”, me repetí a mí mismo, solo que en secreto esperaba que todo fuera mucho mejor.

Después nos detuvimos en una ciudad llamada Montreal y allí tuvimos que cambiar de tren para llegar a otra ciudad llamada Toronto. Caminamos arrastrando los pies a lo largo de un oscuro túnel lleno de humo para pasar de un vagón al otro. Las únicas personas a quienes vimos fueron nuestros propios compañeros de viaje.

El siguiente tren tenía silletería acolchonada, así que era mucho más cómodo. El viaje continuó toda la noche y como lo único que había para mirar por la ventana era la negra oscuridad, pues me recosté en el hombro de mi padre y me quedé dormido. En la mañana, mi papá me despertó para cambiar de tren por última vez.

—Estoy muerto de hambre, pa —le dije mientras caminábamos arrastrando los pies por los pasillos de techos altos. Los pasos de nuestros cientos de compañeros de viaje hacían eco en los altos techos.